

Cantos paralelos

Susana Romano Sued
Universidad Nacional de Córdoba
CONICET

Preguntas preliminares: criticar, discurrir, comentar, traducir

104 105

¿Qué es lo que enlaza la crítica, los discursos, los comentarios, con la traducción? ¿Cuánto de consecuencias políticas hay en la traducción, y aplicación de discursos, especialmente los que se pueden considerar de ruptura? Y estos discursos, cuando hablan de literatura ¿a dónde han dejado el poema, la narración, el drama? ¿Se ha vuelto superflua la literatura una vez que ha conquistado, especialmente la prosa narrativa, el escenario del espectáculo público, la televisión? ¿Se ha refugiado en el rincón privado de la conversación de los poetas, alzando las manos para cuidarse de los aparatos teóricos que la acechan?

¿Qué es un comentario, nacido de la entraña del lector, que se atreve a una interpretación “salvaje” como la reclamaría Yves Bonnefoy a los estudiantes de la literatura¹? ¿Se trata de palabras que habitan al lado?, ¿que trasponen algunos de los enunciados certeros del poema, de la literatura, al recinto del corazón, y arman una rapsodia, un centón, en el desierto deshabitado del ser? El texto, leído, comentado, traducido, los dichos alineados en los desfiladeros del alma y de la mente, ¿forman una diáspora, a veces feliz?

Inspiraciones (traducidas)

Inspirada en las ideas benjaminianas que colocan los discursos “segundos”, como la crítica, el comentario y la traducción, en un pie de igualdad con los discursos primarios, propongo indagar las relaciones que hay entre ellos.

La lectura de los aparatos y programas críticos que se ocupan de los discursos, entre ellos los literarios, la pregunta por el recorrido que los mismos han trazado desde sus lugares (lenguas y lenguajes) de origen, y la relación que establecen con las obras de creación singulares, me traen, en tanto estudiosa y enseñante de la literatura y la estética literaria, a las presentes reflexiones, y preguntas.

Juegos de lenguaje: Anagramáticas

Así como la dimensión lúdica albergó muchas de las reflexiones de Walter Benjamin y Ludwig Wittgenstein, las apreciaciones que siguen están también en la misma dimensión. Un juego que casi se impone por el mismo impulso significante, que enlaza y desenlaza términos y sentidos. Rastreo, en una enciclopedia, los enlaces de *Parodia*, que transcribo in extenso: remontándonos al origen de su uso, vemos que es *parallell canto*, o *contracanto* o *canto al lado*. La enciclopedia nos esclarece: Del griego *parodia*, *contra-oda*, *contra-canto*. Obra que transforma irónicamente un texto anterior mofándose de éste mediante todo tipo de efectos cómicos. Es “una obra de teatro de género burlesco o interpretación torcida de una obra de género noble”. Aristóteles atribuye su invención a Hegemon de Tasos, mientras Aristófanes parodia en *Las Ranas*, las obras de Esquilo y Eurípides. La parodia comprende simultáneamente un texto parodiante y el texto parodiado, y ambos niveles *se distinguen por una distancia crítica impregnada de ironía*. (Retengamos esto). El discurso parodiante jamás debe permitir que se olvide el texto parodiado, so pena de perder su fuerza crítica. La parodia expone el objeto parodiado y le rinde homenaje a su manera. La parodia de una obra no es solamente una técnica cómica. Instituye un juego de comparaciones y comentarios con la obra parodiada. Constituye, pues, un metadiscurso crítico de la obra original. A veces, en cambio, re-escibe y transforma la dramaturgia y la ideología de la obra parodiada (ej.: Macbeth de Ionesco al parodiar el Macbeth de Shakespeare).

Como se ve, si somos benévolos y flexibles a la hora de presentar definiciones, ¿acaso un comentario, una crítica, una traducción, no serían una especie de parodia? El mundo de los textos, ¿no sería, borgeanamente, un conjunto de parodias, del cuño de la propia lengua, o de una lengua ajena? Podríamos pensar los textos traducidos como comentarios, como metadiscursos críticos de los originales, y estaríamos cerca de la dimensión compleja del lenguaje en la que habita el traducir.

La poesía, el texto, el canto que se traduce, generan un discurso contiguo, al lado, paralelo. Y este paralelismo puede tener lugar en otro tiempo, es utópico, es futuro.

Por otra parte, y en tanto concierne a las cuestiones de la palabra, la letra, la escritura, los cantos paralelos, las parodias, pueden transformarse gracias al juego que el mismo lenguaje ofrece, y hasta obliga a hacer. En una operación anagramática, algo nos coloca en el ojo del huracán de la letra, y nos acerca la transformación de *parodias* en *rapsodia*. Mismas letras, sentidos familiares, según lo hubiera dicho Wittgenstein cuando analizaba los parentescos entre conceptos y términos. Aires de familia literal y simbólica. ¿A qué objeto corresponde este nombre, *rapsodia*? ¿Y qué parecido trae con *parodias*? Hay aquí una zona familiar, por cuanto un diccionario de usos de el español nos propone, en segundo término, “pieza musical compuesta por fragmentos de otras o sobre motivos populares. Centón”. De nuevo nos hallamos en el universo de las traducciones: ¿no son acaso éstas especies de fragmentos de sus originales, puestos juntos, haciendo el texto en la lengua de llegada? ¿No sería una de las canónicas formas de la circulación de obras en traducción?

Avanzando en el juego de la similitud en la letra, llevamos más lejos el anagrama, lo alzamos en vuelo, en desplazamiento navegado, y con el acento griego llegamos a *diáspora*. El diccionario enciclopédico nos propone esta vez la dispersión, de

etimología griega. Y nos explica: “población forzada o inducida a abandonar su suelo natal originario, siendo dispersada hacia otras partes del mundo lugares en donde sigue desarrollando su propia cultura”. En un antiguo trabajo sobre los avatares de la traducción, la llamé precisamente *diáspora de la escritura*².

Si nos deslizamos de la dimensión lúdica a la epistemológica, constatamos que la construcción de conceptos, categorías, enunciados teóricos, que pueblan el conjunto de disciplinas de las que hacemos uso, ya sea para la transmisión o para la investigación y producción de discursos, conllevan todas y cada una de estas tres palabras, que son en sí operaciones discursivas: *Diáspora, Parodia, Rapsodia*. Estamos pues en el terreno más propio de la traducción y el traducir, en el corazón de la teoría, y en el tramo de lo que he llamado su importación. La crítica, según lo constataba Walter Benjamin en sus trabajos disciplinares acerca de los teóricos del romanticismo alemán, conforma con la traducción un conjunto de operaciones de discurso con todo lo que les es pertinente; se sitúa en el mismo nivel que la producción primaria de enunciados. He ahí *avant la lettre*, una teorización valorativa de lo que se llamó a partir de Barthes y sus compañeros de ruta, la literatura al segundo grado.

En otro ensayo, más reciente, avancé algunas apreciaciones acerca del sitio en que tiene lugar el acto de traducción, y acerca de sus actores: el uno y el otro³. El realizador del gesto que vincula las dimensiones del intercambio, el que piensa y habla en el medio, se constituye en uno, y trae, hacia nosotros, el otro. Es decir a una de las dimensiones involucradas en la relación de intercambio y transformación que entraña la transferencia de lengua y lenguaje. Un albergue, temporal y espacial, ofrecido para que las acciones humanas se inscriban y se escriban como memoria, como cultura, en su incesante discurrir. Ese término, otro, cierne el uno, conforma con éste el sentido asentado en los sujetos, anuda los órdenes lógico y simbólico, los emplaza recortando el orden de lo real, y hace suelo, es espacio de lenguaje entre mundos.

Y es así como hemos llegado de nuevo al territorio diaspórico, la traducción. Es en esa diáspora donde se produce la transferencia y el alojamiento de lenguajes y sentidos, tanto de las literaturas como de la teoría y la crítica que se ocupan de ellas. Las transferencias, sus modos de pensarse y realizarse, están estrechamente vinculados a las concepciones de lenguaje y a sus relaciones no siempre amistosas con la realidad, según nos lo muestra su larga historia.

Esto vale para mundos, sitios, lenguas, de cada lado del meridiano; vale entonces para nuestro continente, para América latina, que vio llegar, quedarse y multiplicarse, palabras, leyes, oraciones, creencias. ¿En dónde se quedaron? Pues en innumerables y diversas instituciones ligadas al pensamiento y la escritura, como la iglesia, las universidades, las bibliotecas, y mucho después, las publicaciones periódicas. Legados y archivos, inscripciones y escrituras, herencias y letra, afincados documentos que fueron creciendo como monumento y registro de la vicisitud.

Había concluido en aquel mismo ensayo, que la construcción de la memoria hace parte de los procesos dinámicos de constitución y reconfiguración de las culturas. ¿Con qué forma, si no con la de un archivo mutante, infinito, una suerte de libro inestable, parecido a la pizarra mágica que figuró Freud para nombrar el inconsciente, o al Libro de Arena de Borges? Al abrigo de la diáspora, rehaciéndose una y otra vez el contracanto, en la lengua contigua, trayendo el fragmento rapsódico al lugar de la llegada, allí el traducir sostiene memoria, cultura, archivo. Y también autoridad, poder, políticas de la lengua, de la urbe, de gobiernos y gobernados, de bárbaros y educados.

Instituciones: redes, tejidos, de allá, de acá

Traducir es una de las actividades fundamentales para la conservación de esa memoria, cuyos archivos han sido hasta ahora los libros en las distintas lenguas, que hoy se hallan acosados por las memorias informáticas y los soportes que provee la digitalización: placas madres, discos duros, letra blanda, en un huracanado sacudimiento de los datos, que se ponen allí, se tejen y entretejen según el significado homofónico del término *Web/Weben*, que en alemán quiere decir tejer. La traducción, en formatos “traduzca esta página” está al orden del día, y acompaña el enredado tejido de los flujos digitales de la información. Pero antes, cuando lo digital era efectivamente el uso de los dedos de las manos, el acto de lectura y de importación de discursos originados en los centros metropolitanos del saber tenía lugar en el acto filológico de traslación del crítico, del profesor. El profesor, crítico, ya sea a causa de su efectivo traslado de geografía y de lengua, ya a causa de la traslación de textos, de una lengua forastera a su lengua materna de transmisión, ha sido a lo largo de décadas el aduanero de discursos y mundos.

Cada época ha elegido, y visto llegar, germinar, crecer y transitar lenguas y lenguajes en su suelo, en este suelo americano, teorías, saberes, discursos críticos. En el siglo emancipatorio, el diecinueve, el lugar de partida preferido para la travesía fue el francés, lengua y lenguaje de dicha proveniencia acompañaron las letras y las artes, muchas veces fundándolas, hasta bien entrada la segunda mitad del s. XX y calaron en nuestras instituciones sureñas a medida que fueron siendo traducidos, ya por empresas establecidas, ya por el gesto individual de académicos y críticos, pero, eso sí, cohabitando e injertando las escrituras primarias o secundarias de los autores, conformando el aparato, o la utopía crítica en la cual *todo, es decir nada, tendría lugar*.

Un escritor crítico de curiosa erudición le habría dicho a Héctor Libertella que: ...para capturar el objeto de cada libro teórico, y para adivinar sus maneras de formularlo, ya no necesito leer esos libros. Sólo me basta con echarle una mirada al índice onomástico: Thomas S. Kuhn viene a coincidir con ese grado casi alquímico de condensación formal de lectura, allí donde dice que una serie de factores son los que definen a la comunidad científica, empezando por la alta especificación en la materia hasta llegar, al final de todo un ciclo incluso a los enlaces que se establecen entre citas. ¿Lo mismo de lo mismo? Como que en esa mirada estrábica que va del borde al pie del texto y se desvía precisamente, en las notas al pie, en la red de citas y la bibliografía, en el *aparato*, en fin es donde se vendría a identificar también la dominante de tantos trabajos en los últimos treinta años⁴.

Múltiples programas y paradigmas transformaron lecturas y escrituras en nuestro país, desde las épocas fundacionales en que los románticos del *Salón literario* (de 1837) proponían la creación de un idioma nacional propio, con su literatura, su cultura, su ciencia, que tachara las rémoras de lo español, estigmáticas, coloniales, satanizadas por el criollismo independentista. Es eso lo que nos contaba el citado Libertella.

Los primeros textos estructuralistas vinieron, como un vendaval, a arrasar las viejas costumbres de la enseñanza universitaria y de las escrituras en las revistas de cultura y literatura. Todo texto podía ser sometido a las aplicaciones inmanentistas y secas de la frecuencia y el número. Echando una mirada a los programas de cátedra de las carreras de las ciencias sociales y humanas de nuestras universidades, en una progresión cronológica que arrancaría y se desplegaría en los años cincuenta, sesenta y setenta, vemos la emergencia, instalación, afianzamiento y hege-

monización por parte de las corrientes francesas, que nos proveyeron del “pan de los ángeles”, que es como Dante le llamaba a la sabiduría en su *Convivio*. El poder del saber, su administración, su distribución y su consagración hegemónica necesitó siempre de la traducción, ya sea como ejercicio de traspaso de los lectores-transmisores hacia los ávidos receptores de las novedades, o como injertos en el propio discurso transferidos al discipulazgo.

Sin embargo, es esa misma práctica de larga tradición la que contribuye sustancialmente a la dinámica de las culturas, la práctica que custodia la supervivencia de las literaturas por fuera de las fronteras lingüísticas de origen, y la contaminadora por excelencia de las purezas vernáculas. Y la que también, por la vía de la omisión, es la responsable de olvidos, cooperando con lo que predomina como canon en cada época y lugar.

Amistades y guerras, convivencias pacíficas, dentro de ghettos y entre ellos, nichos, cotos, cofradías, cátedras, editoriales, revistas, congresos, jornadas, proyectos de investigación, seminarios de posgrado, grupos de lectura, talleres teórico-críticos, planes de estudios, currícula, han sido las formas de instalación y distribución de eso que desde Foucault nos hemos acostumbrado a llamar *saberes*, y en los que se pueden hurgar y rastrear orígenes, aunque fueran provisionarios.

Así se receptaron, distribuyeron en diferentes momentos históricos, las diversas posturas teóricas compartidas por la comunidad científica, que es como define Thomas Kuhn los paradigmas, y cuyos representantes habitaron y habitan las listas bibliográficas de los programas curriculares, de los *papers*, ensayos y de los catálogos de bibliotecas y librerías, así como el imaginario y el patrimonio de lecturas de los sujetos que las emplean y las transmiten.

Así conocimos y compartimos, según lo documenta minuciosamente Analía Gerbaudo⁵, las contribuciones y contracontribuciones del estructuralismo, checo y francés, del formalismo ruso, de las estilísticas, del posestructuralismo, y el deconstruccionismo europeo y estadounidense, de los estudios culturales británicos y de los norteamericanos, de la escuela crítica de Frankfurt, de la crítica de género, de la sociocrítica, las críticas sociologistas, de las semióticas duras y blandas, cuadradas y arboladas, de los poscolonialismos y los estudios de subalternidad, de crítica genética, de las hermenéuticas, de polisistémicos y de las teorías de la recepción, de las rizomáticas y de las críticas revisionistas

Esta lista sigue, puede seguir, y como cuando la fatiga de querer nombrar a todos y fracasar impulsa a poner todos los nombres que faltarían en un agrupamiento rápido, dice Gerbaudo:

...actualmente hay un conjunto de tendencias difíciles de agrupar bajo una misma rúbrica, en estudios que incorporan factores políticos ideológicos, sociales, económicos, culturales al análisis de las producciones discursivas desde una perspectiva multidisciplinar.

Estos serían los multiculturalistas, de *gender*, poscolonialistas a la Bhabha, polisistémicos a la Even Zohar, y un largo etcétera.

La agitación discursiva, la agitación de lengua y lenguaje que produce el encuentro con los discursos forasteros, podría decirse que es un efecto de seducción. Una seducción intelectual masiva, señalada minuciosamente por Eduardo Gruner en su libro *El fin de las pequeñas historias*, bajo la hipótesis de que la importación y adopción por ejemplo de los esquemas discursivos de los *cultural studies* estadounidenses habría permitido justificar con comodidad la reconversión ideológica de los intelectuales “progresistas” que antes habían suscripto discursos revolucionarios, marxistas, así como las grandes cuestiones historicofilosóficas del s. XX y ahora, en cambio, al centrar su energía —o pereza— intelectual en las cuestiones micro, en la fragmentación infinita de la historia y las sociedades, podían contar con aparatos

complejos y sofisticados para destinarlos a sus análisis e interpretaciones. Después del final de la historia, de la política, del arte, de la literatura, se practican las minisofisterías estetizadas de todos los discursos⁶.

Aplicaciones y métodos en la diáspora criolla

La importación y sobre todo las adaptaciones de aplicabilidad que se practican en las instituciones institucionales de la crítica, han convertido y convierten más de una vez, los propósitos de las teorías, en muchos casos, en su contrario. Teorías destructivas en el sentido de Benjamin de despejar de toda carga de lectura institucionalizada de los textos, se vuelven acumulaciones oficiales de interpretaciones válidas para aplicar y transmitir. O frases tristes que letanizan el objeto perdido, su dirección única, su perderse en algún pasaje.

¿Podríamos hablar entonces, de un giro, o un tinte melancólico en la producción crítica? Si es así, y me parece que lo es, veamos el origen conceptual que podría haber tenido esta posición. Por cierto que esto nos lleva a Walter Benjamin, cuya escritura, cuyo mundo de pensamiento estuvo atravesado por un impulso, un tono melancólico, imbuido de la mirada angélica del dibujo de Durero, y de la pintura de Klee. Esta añoranza por el objeto, también acompaña la reflexión benjaminiana de la traducción. Aunque la posición melancólica propia de los pensadores medievales consiste en un estado de estupor, la acedía, un humor negro que deja inertes y exánime, Benjamin combina la añoranza con una actividad que impulsa la búsqueda con la convicción de que hay algo que se pierde siempre, en las transformaciones que imponen las diferencias de las lenguas y lenguajes implicados en el traducir.

Eso torna el acto de la traducción en algo del orden de lo sublime y lo siniestro al mismo tiempo, porque nos acerca al texto objeto, su sentido y nos expulsa igualmente. Pensador, traductor, el sujeto se pierde en la meditación, se sumerge en la acedía, en el humor negro que lo entristece. Ese estado del alma descripto innumerable veces en la historia de Occidente, y que puebla la escena contemporánea del saber, retorna, en forma parecida a como lo hace Averroes en el cuento de Borges, al afanarse en la tarea, en el deber, y en la renuncia de traducir los conceptos aristotélicos de *comedia* y *tragedia* al incipiente castellano de su época. Las teorías metabolizadas en el impulso de hacer signo, caen ominosamente en la escena familiar, y son anheladas a la vez que temidas. Pues amenazan lo conocido. Pero allí está, el efecto de domesticación, de inocentamiento. “Hacer propio lo otro”, echar mano del esquema tranquilizador de cada enigma. Todo puede citarse, injertarse, *intertextualizarse*.

El benjaminismo contemporáneo y criollo, de moda y de uso aplicable, acaso olvide lo revulsivo de la apuesta de Benjamín.

Comentario, pasaje, verdad

Al ocuparse de los modos de concebir la crítica por los filósofos y escritores del romanticismo alemán, Walter Benjamin sitúa en primer lugar el valor de la escritura crítica en un lugar equivalente al de la traducción, complementos de toda producción

original. En una anticipada valoración de la lectura como actividad paradójica de integración de sujeto y objeto, Benjamin la considera el punto de partida de todo esfuerzo de reflexión intelectual, elemento común que aproxima la crítica, el comentario y la traducción. Pero por asumir diferentes formas, según diferentes objetos, el acto de leer es también aquel que da origen a esos diferentes modos o estrategias de lectura, que mantienen para nuestro filósofo afinidades y diferencias. La lectura en primer lugar es como dije que dice, *tarea*, significante que se refiere también a la del crítico, a la del poeta y a la del comentarista. Tarea, *Aufgabe*, *Mitzvá* del hebreo, que indica el precepto de lo que se debe cumplir. Toda lectura crítica parte inevitablemente de otro modo de lectura, que es el comentario.

Cuando el comentario apunta al contenido objetivo del texto procurando una proximidad con su objeto, la crítica, fijada sobre fenómenos en vías de desaparecer, se distancia, y en ese distanciamiento apunta al contenido de verdad, el que sólo puede emerger a partir de aquello que en la obra es pasado, vivido, y por lo tanto en cierto modo, muerto. Benjamin nos habla de la operación crítica como de una mortificación de las obras, como intervención que es homóloga de la tradición judaica del comentario, en hebreo *Midrash*, en el cual conviven dos conceptos: el comentario se da por acumulación en el diálogo históricamente determinado con el texto y su tradición exegética, y a la vez como inscripto en un contexto narrativo singular, y debe potencialmente ser absorbido por él aún cuando presente, con respecto a la doctrina tradicional, elementos contradictorios heréticos. La verdad del texto y la verdad del comentario se superponen en tanto producto de una lectura conciente de su historicidad, de su carácter contingente, que la considera una porción de una totalidad infinitamente estratificada. Se podría decir que se trata de un patchwork lúdico.

110 111

El juego hace posible los pasajes, la apropiación del camino para acercarse al objeto, mortificarlo, en el sentido del atravesamiento del lenguaje para su cernimiento. También indica lo paradójico de la tarea por cuanto el otro significado de *Aufgabe*, sustantivación del verbo *Aufgeben*, es *renuncia*, lo cual refirma la condición ambivalente y melancólica de la tarea del traductor.

En ese discurrir, ¿hay más remedio que tramitar con lo ominoso, aquello que amenaza lo familiar; consentir lo inconfortable del acecho de la alteridad, vencer la tentación irresistible de permanecer en la añoranza del objeto perdido, del significante que huye? En todo caso, continuamente se están gestando discursos, escrituras, caminos que conducen a un distanciamiento protectorio, cual armadura; a un rodeo incesante y tautológico, por atajos y pasajes?

Entonces, ¿qué damos por la crítica? ¿qué es ese lenguaje, qué esos enunciados que acompañan el poema, el trozo de vida, el comentario de la palabra forastera? ¿Hasta qué punto establecen una continuidad con lo ya dicho, con otras herramientas, aparatos, prótesis? El empleo de modelos y métodos, importados y adaptados, para “esclarecer” los discursos, se vuelve, en la mayoría de los casos, una repetición homogeneizante, arrasa con las aristas, los bordes, las incertidumbres provocadoras. Una reproducción infinita y uniforme. Sin embargo, lo sublime y lo siniestro, que habitan en el corazón mismo del discurso crítico, y corteja interminablemente el vacío, no se dejan apaciguar por mucho tiempo. Lo que queda en lo traducido se instala en el universo del mundo de las letras receptoras, relanzando la pregunta sobre el origen y los efectos de la palabra trasladada, sobre la lengua originaria, prebábélica, que Benjamin añoraba restituir.

La añoranza, cuando ocupa todo el amor del hombre, lo deja en un abismo sin zanzar⁷.

Pero lejos estaba Benjamin de hacer sucumbir su libertad de pensamiento crítico bajo la presión de una tristeza mística, según se usa calificar a muchos de sus escritos. Lo revulsivo, justamente de sus propuestas, era y es el carácter incisivo de los modos *sui generis* que su discurso tenía para interrogar el mundo, el pensamiento, la imaginación, las creencias, la ideología. La destrucción, la ruina, en el universo benjaminiano son las unidades primarias de una reconstrucción, que provoca e intranquiliza al mundo de las certidumbres.

Sacralización y desacralización de la crítica: lo impropio y lo apropiado de Héctor Libertella

Libertella, otra vez nuestro invitado, hospeda a su vez estas posturas benjaminianas. Su escritura atraviesa múltiples géneros, y muy en particular el discurso crítico, que tranquilamente podemos llamar de ruptura verdadera. Pienso que por eso mismo está confinado a la marginalidad por las instituciones académicas. Su escritura audaz, *Las Sagradas Escrituras*⁸, uno de cuyos fragmentos he citado ya, nos propone una cierta amnesia del referente, al comentar el horizonte de las obras contemporáneas (década de 1990), tanto las de literatura como las de teoría y crítica. Convoca en cambio al fantasma de una crítica lírica que no se ocupe de la literatura sino que provenga de ella o al revés, al de una literatura que sea crítica, allí donde muestra con ostentación su campo de lecturas.

Y dice:

En ambos casos, vuelve y vuelve a hacerse presente el viejo dictum: lo escrito proviene de lo escrito, un libro se hace la proyección holográfica de otros libros, y ya estamos otra vez en la definición kristeviana de texto: mosaico de citas.⁹

Parodias, rapsodia como paños de fragmentos de textos y voces, transculturaciones posmodernas que garantizan la pérdida del intervalo, que desprecian el momento silencioso de la reflexión, sustituido por las “bajadas metodológicas”, degradaciones de los efectos subversivos que antes mencioné. El conflicto de las facultades se vuelve la modorra de las facultades. O como decía aquél refrán, que parafraseo mal adrede, se termina sabiendo casi todo sobre casi todo.

Retornando a la cuestión que me ha convocado a este panel, me pregunto: Los que nos ocupamos de leer literatura, y de enseñar a leerla, ¿con qué aparato crítico lo hacemos, cuáles son nuestras prótesis conceptuales? ¿Cómo nos arreglamos con la imposibilidad de la Cosa?

¿Por qué está tan ausente de los claustros el trabajo de lectura de la poesía, forma de la escritura que parece condensar la condición de sublime, (¿y de siniestro?) y desordenar el aparato? ¿Qué enlace entre la dimensión de lo poético y la de lo político nos atrevemos a construir con nuestro discurso teórico y crítico?

Lecturas salvajes, como las propuestas por Bonnefoy a los universitarios, que piden hacer lugar al impulso subjetivo que desborda las metodologías. O saberes *apropiados*, en los dos sentidos del término, sobre todo en el que marca Libertella cuando hace la apuesta por una crítica que desde el barrado sujeto, devenga lírica, y dé a ver.

Notas

¹ BONNEFOY, Y. (2002). *Sobre el origen y el sentido*, trad Carrera, A. / Mattoni, S., Alción, Córdoba.

² Diáspora en sentido positivo, acentuando el aspecto del desarrollo que la cultura, la literatura tiene en otros suelos distintos a los de su producción originaria. Cfr. ROMANO SUED, S. (1994), *La diáspora de la escritura: una poética de la traducción poética*, Alfa, Córdoba.

³ Cfr. ROMANO SUED, S. (2005), *Consuelo de Lenguaje. Problemáticas de Traducción*, Ferreyra, Córdoba.

⁴ LIBERTELLA, H. (1993), *Las Sagradas Escrituras*, Sudamericana, Buenos Aires.

⁵ Véanse de la autora, las Tesis de Maestría (Universidad Nacional del Litoral, 2001, Mimeo) y de Doctorado (Universidad Nacional de Córdoba, 2005, Mimeo) de la autora.

⁶ Cfr. Nota 4.

⁷ Según Freud, tanto el duelo como la melancolía son reacciones a un profundo dolor que se desencadena por la pérdida real (o imaginada) de lo amado. Mientras el sujeto en duelo experimenta en forma conciente la pérdida del objeto y la elabora para luego de una primera fase del repliegue sobre sí mismo, invista a un nuevo objeto, la melancolía, en cambio, se genera en una instancia que se sustrae a la conciencia en tanto pérdida del objeto, y no es superable por parte del sujeto que, presa de un estado de Manía, finalmente niega dicha pérdida.

⁸ Cfr. Nota 3.

⁹ Ibidem.